

## Para Ramiro Dávila

Walter Franco Serrano\*

Presentar un libro conlleva siempre un riesgo, pues, uno desearía decir las palabras adecuadas para guiar al oyente a ese territorio que celosamente y con mucha convicción ha creado su autor para morar en él, zona de claridad y sombras, de paisajes cambiantes, y en donde se escucha su voz por lograr el cumplimiento de un sueño, de una promesa.

El artista creador piensa conseguir la perfección de su obra, y se empeña no en hacer una obra más, entre tantas, no, sino aquellas que sobresalgan sobre todas las anteriores de él mismo. Vano intento, por cierto porque la perfección no existe, existe sí, y por sobre todo, la insatisfacción, el nunca estar a gusto con aquello que ha salido de su mente y de sus manos.

Por eso dirá el autor del libro que hoy comento:

“Había soñado  
Un modesto cantar,  
Pequeño orgullo de vate provinciano.  
Pero tú cambiaste mi futilidad.  
Había soñado sin saberlo...

Y me pusiste en lo alto  
Para que oigan todos mis modestos  
cantares.”

Porque Ramiro Dávila, su autor, nos da una de las claves de su nuevo libro de poesía. Ha soñado, sin saberlo, Ha soñado... ¿pero en que? ¿Es que acaso escuchó una voz inexplicable que lo sedujo y llevó hasta la luz siempre inalcanzable de la expresión poética? Quizás por eso hace esta súplica “...lléname de palabras bellas...”

Aunque inevitable me consuma,  
oh despiadada conjunción de fuego  
y luz.”

Porque el creador tiene que consumirse en su propio delirio; es el mito del ave fénix que se inmola en el fuego para renacer más radiante de sus cenizas. Pero este riesgo bien vale la pena correr y a él se entrega sin reserva alguna el artista.

Aquí entran en juego dos realidades muy notables a las cuales no damos siempre la debida atención: La inspiración y la vocación.

\* Embajador de carrera del Servicio Exterior Ecuatoriano.

¿Qué es la inspiración? ¿Será una musa, aquella graciosísima y bella jovencita una de las nueve del Olimpo griego que vivían en el monte Helicón, dispensadora de los dones y aciertos poéticos? ¿Pero qué es la inspiración? ¿Quizás un momento de repentina lucidez extrasensorial, un deslumbramiento? En muchísimos casos, la inspiración en tratándose de un varón, va unida una mujer que provoca esos movimientos espirituales inusitados en él. ¿Y en el caso inverso, será igual de motivador el hombre para la mujer poeta? Desdichadamente no existen estadísticas ni estudios o investigaciones sobre este juego de emociones difíciles de explicar; y cuando se reflexiona sobre este tema, por lo general se lo toma a burla, con ligereza, sin profundizar en su análisis. Porque la inspiración, la musa, se la encuentra también en el campo de la ciencia, ¡quien lo creyera! pues con frecuencia se escucha que tal o cual investigador tuvo una intuición genial al encontrar la solución feliz para determinado descubrimiento, pero no se hace mención a la musa, a la inspiración, sino que se la califican con la sugestiva denominación “intuición genial”. Claro que ese descubrimiento será además fruto de su tesón, de porfía, que es igualmente válido en el campo de la creación artística.

En Ramiro Dávila encuentro que varios de sus poemas son inspi-

rados por la amada pues así lo dice en sentidos versos:

“Sonrisa trizada de luna...  
Me sumerjo en la tibia frescura  
De tu regazo de ondina...  
De tu mano pasé del valle amargo  
A la huerta acogedora y nutricia...”

Esta huerta acogedora y nutricia nos lleva de la mano a esa otra realidad abrumadora e innegable de la vocación, del ser fiel a ese llamado extrasensorial que le exige entregar su propio yo, su existencia misma, a ese enajenamiento en el que vivirá por el resto de sus días. Con este libro Ramiro Dávila nos confirma haber escogido esta vocación de poeta pese a todas las circunstancias, y por eso nos entrega a raudales su poesía, y no solo de poesía sino también de reflexiones y meditaciones, místicas unas, otras dubitativas y hasta de tono humorístico algunas, nos confiesa sus preferencias literarias, su admiración por determinados autores, su apego a los predicadores de la paz y de la no violencia, y esta es una fe muy encomiable que debemos respetar, por ser convincente y honesto con su pensamiento y así lo demuestra en su misma vida.

Por eso en las palabras escritas para la contra portada de este libro que comento, por una amable invitación de su autor, digo que Ramiro Dávila se nos presenta con honestidad tal como es, con sus errores y

sus aciertos, con su iluminada aventura de vivir. En sus “Confesiones de un desvalido” nos dirá que “la dignidad del hombre está primero/ y no es negociable”. O como afirma en sus “Lugares comunes y no tan comunes”: Soy un funcionario lerdo y perezoso”... “Nada tengo, nada soy, nada me falta, pero se nota que estoy verdaderamente feliz” Y tiene que serlo porque solo quien se ha despojado de todo lo vano y lo accesorio puede llegar a la bondad y a la serenidad, y llevarnos de descubrimiento en descubrimiento hacia regiones etéreas que no habríamos sospechado en él.

Y nos asombramos, cuando de pronto se precipita y nos precipita en un trasegar telúrico de pensamientos y paisajes que conmueven. Son momentos de gran lucidez, tan lúcidos como son casi siempre los horizontes cordilleranos, pero es una experiencia para la que no nos ha preparado, pues de improviso, estamos con él ascendiendo por riscos y montañas, por los abruptos y salvajes contrastes de la geografía andina, por lo de su propio éxtasis emocional, porque así llama a ese viaje que nos lleva, “Éxtasis en los Andes”, en donde se descubre como si fuera por vez primera el impactante drama del ser humano en medio de la realidad de su geografía. Es como un demiurgo que buscara rivalizar con aquellas visiones cósmicas que conmovieran al mismo Libertador Bolívar, cuan-

do ascendió al Chimborazo. Ramiro Dávila no es un émulo del general, ni lo pretende, más bien a ratos le ironiza y nos hace acuerdo “... del sueño de aquel tan majadero como los otros/... Que murió pensando/ que había arado en el mar/ y todo no fue más que un delirio”

Pero la presencia del Libertador es vibrante, subyuga a Ramiro, le estremece, como se estremecieron “los jinetes de hace casi dos siglos venidos desde Tierra del Fuego y del Apure” ante la presencia de los dos colosos, el Chimborazo y Bolívar. Ramiro no logra sustraerse a la fuerza cósmica que refleja don Simón en su poema inmoral, pese a sus intentos de buscar las huellas de Rupito, el pequeño indio despojado y al componer su “Delirio bajo el Chimborazo” se envuelve en las palabras y en la inspiración que conmovieron al General “Heme aquí abajo la Atalaya del Universo.... Sofoca mi aliento el éter. Pues presiento lo que ninguna planta había hollado desde siglos...” dice el poeta ... “Yo venía envuelto en el manto del iris... Llegué a la región glacial, el éter sofocaba mi aliento. Ninguna planta humana había hollado la corona diamantina” (Dice Bolívar) Ramiro Dávila sigue en su secuencia y dice “Soy el que soy, / Me dijo. / ¡Yace la muerte vencida ya!... ¿Por qué te envanece djome, Niño o viejo... Si subes apenas,/ por la cabeza de un alfiler? ” Por su parte Bolívar escribe: “De repente se me

presenta el Tiempo, bajo el semblante venerable de un viejo cargado con el despojo de las edades... Yo soy el Padre de los siglos, soy el arcano de la fama y del secreto”.

Pero a más de este paralelismo que deliberadamente y con acierto construye Ramiro Dávila, pronto se desprende del recuerdo y continúa por su propio sendero al decir “Levantamos, entonces, / nuestras manos enlazadas ¡ Jaguay, Jaguay, Jaguay ! / Ahora somos los primeros/ Pero mucho camino toca todavía andar”

“Éxtasis en los Andes” es un poema de gran textura emocional, de reciedumbre en sus conceptos y realizaciones, y su autor se nos descubre con facetas sorprendentes e inusitadas, para las cuales, como dije hace un momento, nos estuvimos preparados. “Delirios bajo el Chimborazo”, uno de sus capítulos, contiene grandes aciertos y mucho mérito, hay que reconocerlo, como ustedes comprobarán al leerlo.

Pero a página seguida Ramiro Dávila nos propone otro poema muy inspirado: “¡Cuenca, Aparta de mi!” Y que lleva como líneas iniciales un verso de César Dávila Andrade “Y vi toda la tierra del Tomebamba florecida...” Seguramente que por eso el poderoso señor del Tahuantinsuyo, estableció allí en Paucarbamba o Llanu-

ra Florida sus reales y allí nació su hijo Huaynacápac, en Tumipamba, la segunda ciudad del imperio, y quien al ascender al trono como hijo del sol, agregó suntuosas edificaciones, entre ellas el palacio Mullaancha, según cuentan algunos historiadores.

Y aquí con la inspiración que le produce los vergeles de Guapondelic, con el rumor de sus cuatro ríos escribe su significativo poema rico en sentimientos: “Cuenca ... aparte de mi...”

“Entonces escuché  
el estruendo de los ríos  
y el lúgubre aleteo de las campanas  
negras.  
Después de todo los caminos  
plateada de luna -dices-  
Enterraron la última palabra  
Ay capullito de amancay  
Se va, se va la vida  
En las aguas del Yanuncay con sus  
tristes castañuelas  
Batiendo sobre los campos.  
Ay capullito de amancay.

Efectivamente, este poema es igualmente sorprendente por revelarnos su solidaridad o mejor dicho su dolor compartido con la realidad del mundo al encontrarse con

“Pedrollamadero  
Oh, pedro, pedrohuesodepedernal  
Pedrorisapiedra  
dulzor amargo

que en traer insisten las hormigas  
... por ti río  
por ti canto  
mas por ti también lloro”

Y aquí “en este pueblo ilustre  
para el canto a la vida, el dolor y la  
muerte” se hace uno con los geniales  
escultores del dolor de Cristo

“! Oh don Gaspar de Sangurima!  
No me habían dicho  
que querías esculpir tanta realidad”  
¡ Ay Cristo de Vélez !  
No sabía que tú eras también  
Realista”

Y con la visión de este entorno  
del ser humano crucificado, Ramiro  
Dávila se llena de un misticismo que  
admiramos y busca la fe, su fe en la  
vida. “Ay capullito de amancay... Se  
va, se va la vida...”

Quisiera seguir dialogando con  
ustedes acerca de este notable y mag-  
nífico poema pero creo haberme ex-  
cedido en mis comentarios, me resta  
tan solo felicitar de corazón a mi  
amigo Ramiro Dávila por su último  
libro de poesía, libro que al leerlo me  
produjo una muy grata satisfacción  
por los varios motivos que dejo ex-  
puestos y por otros que no he alcan-  
zado a mencionar.